

## II

Los ensueños vagarosos, vagabundos discurrían  
Entre el manto reluciente de la plata de la Luna;  
De los cielos adorados las estrellas descendían  
Simulando blanca estela de fantástica laguna...

Orgullosas cabecitas por doquiera diluían  
El perfume de sus almas, adorables cual ninguna;  
Eran todas placenteras, porque todas se reían  
De las viejas ilusiones que murieron una a una...

Y entonaron los Suspiros de los clásicos amantes  
La canción nunca cantada del dolor de los dolores,  
Graves, trémulos, dolientes, con locura, delirantes;

¡Era el cielo: amanecía. ¡Era Dios: hubo fulgores!  
Y turbaron los Ensueños los acordes sollozantes  
Con el canto siempre nuevo del amor de los amores.<sup>4</sup>

### **La princesa dormida**

La princesa está dormida en su lecho de rubíes,  
los jazmines y las rosas y claveles y alelíes  
forman una cual diadema de magnífico primor;  
tal parece que las hadas retozaron con su frente,  
pues la bella princesita, reposando muellemente,  
ya compite en hermosura con la diosa del amor.

La princesa ya despierta, porque notas de un salterio  
han vibrado en su ventana, han pasado al cautiverio  
donde gime la damita, que es encanto del sultán;

---

<sup>4</sup> Ernesto Avellanet Mattei, «Cantar de Ensueños», *La Revista Blanca*, año XX, número 3, 1897; p. 18.

y envolviéndose en su bata de luciente muselina,  
a la reja ya se asoma, la graciosa, la divina,  
descendiente de las hijas predilectas del Islán.

Y a los rayos de la luna escuchó a su trovador:  
«¡Ven, mi hermosa princesita! ven y asómate a la reja,  
que en tu frente pudorosa quiero ver la luz, que deja  
el arcángel de la Gracia cuando vuela junto a ti;  
quiero ver en tus mejillas, que el rubor cubre la grana,  
los matices purpurinos de una espléndida mañana  
y sentir grato perfume de tu boca de rubí.

Ven, mi núbil prometida, grato bien, mi dulce amada,  
es más ígneo que mil soles el fulgor de tu mirada,  
pues tus ojos hipnotizan con el foco de su luz;  
yo daré para tu frente ricas joyas de brillantes,  
ornaré tus rubias trenzas con zafiro deslumbrante  
y daré para tu cuello bellas perlas del Ormuz.

Prestaránme las cantoras avecillas sus cantares,  
su esbeltez majestuosa, orgullosos los palmares  
me darán, y mansas fuentes de sus linfas al rumor;  
y los astros titilantes argentados resplandores,  
odoríficos vergeles la fragancia de sus flores,  
la dorada Primavera su belleza y esplendor.

Y en corcel de alas de oro cruzaré por el espacio,  
llegaré a las puertas blancas del romántico palacio  
donde moran las Quimeras, do reposa el Ideal;  
y ascendiendo, y ascendiendo, del Olimpo los dinteles  
tocaré, ebrio de dicha, y con mágicos pinceles  
copiaré los tonos místicos de la Gloria y lo inmortal.

Y después, bella sultana, descendiendo de la altura,  
como el ángel de la vida, dejaré en tu alma pura,  
dicha, gloria, amor, perfume, todo, todo para ti;

si consientes, dueña mía, princesita idolatrada,  
asomándote a tu reja regalarme una mirada.  
Un suspiro, una sonrisa, sólo, sólo para mí!...»

.....  
Y el incógnito galante, sin oír respuesta alguna,  
escurrióse, cautamente, a los rayos de la luna,  
llena el alma de tristeza, rebosante de dolor;  
y la bella princesita, asomándose a la reja,  
ve angustiada, tristemente, al amante que se aleja,  
como el ángel luminoso de la dicha y el amor...<sup>5</sup>

### **Venus riente**

Cuando el genio vaporoso de los sueños, extasiado,  
Sus azules dedos posa sobre el ángel adorado  
De mi vida que es mi gloria, de mi gloria que es mi amor,  
Soplo tibio, perfumado, soplo dulce y halagüeño  
A mi novia somnolienta la despierta de su sueño  
Y la envuelve en una roja, como túnica de sol.

Y la virgen adorada de mis nítidos amores,  
Más hermosa y más fragante que las diosas y las flores;  
Despertando de su sueño, como fúlgida beldad,  
Ya se yergue, se levanta, y corriendo cual gacela  
A la plácida ventana, sólo ve la centinela  
De la Aurora, que custodia su hermosura celestial.

---

<sup>5</sup> Ernesto Avellanet Mattei, «La princesa dormida», *Plumas amigas*, primer fascículo, San Juan, Imprenta Cantero Fernández & Co., 1912; pp. 161-162. Josefina Rivera de Álvarez afirma en su *Diccionario de literatura puertorriqueña*, San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1974; p. 152, que las poesías de Avellanet Mattei se recogen en los libros *Crepúsculo* (1905), *Aurora* (1906) y *Bohemias* (s. f.). Sin embargo, cabe rectificar que *Aurora* no es un libro de poesía, sino una narración en prosa de un sueño de *anábasis* en el cual se efectúa un viaje tras un fantasma que muestra el futuro utópico opuesto al estado social degenerado en que se encuentra la humanidad en el presente. La fe en el Progreso de la humanidad es similar a la que se observa posteriormente en el largo poema *La protesta de Satán* (1909), de Félix Matos Bernier.